

“Informe para una academia”

La decadencia del hombre moderno¹

Lina Marcela Calvo Ayala²
lcalvoa@eafit.edu.co

Resumen: La Europa de finales del siglo XIX y primera mitad del XX es una clara muestra de los fenómenos opresores del mundo moderno a nivel político, moral, religioso, entre otros. En centro Europa, lugar de nacimiento de Kafka y Nietzsche, se generarían fenómenos históricos que afectarían directamente sus obras. Kafka vivió durante todo el contexto que gestó la Primera Guerra Mundial. Nacido en 1883, su obra comienza a hacerse elocuente a comienzos del siglo XX, y en su elocuencia comienzan a develarse los atolladeros humanos del aparato represor del poder. Esta última idea, de una u otra forma, es una manifestación de la influencia sobre su obra del pensador Friederich Nietzsche, quien vislumbró el aniquilamiento del hombre en el mundo moderno, la *décadence*.

Palabras clave:

Decadencia, Kafka, mundo moderno, Nietzsche.

Título en inglés: "Report to an Academy". The decline of modern man.

¹ Artículo requisito para optar al título de Magíster en Hermenéutica Literaria.

² Licenciada en español y literatura de la Universidad de Antioquia, miembro del semillero de investigación de la Maestría en Hermenéutica Literaria, EAFIT. Docente de tiempo completo del Colegio Alemán Medellín.

Abstract: The Europe of the late nineteenth and mid-twentieth century is a clear example of the oppressive phenomena of the modern world in the political, moral, religious, among others. In central Europe, the birthplace of Kafka and Nietzsche would generate historical phenomena that directly affect their work. Kafka lived throughout the context that gave origin to the First World War. Born in 1883, his work began to be eloquent in the early twentieth century, and his eloquence, begin to unravel the human quagmires of the repressive apparatus of power. This last idea, of one way or another, are also manifestations of the influence the philosopher Friedrich Nietzsche, who foresaw the destruction of man in the modern world, *the decadence*.

Keywords:

Decay, Kafka, modern world, Nietzsche.

Quien en el trato con los hombres no aparezca revestido, según las ocasiones, con todos los cambiantes colores de la necesidad, ese no es ciertamente un hombre de gusto superior.

Nietzsche

Pensar en un mono cazado por miembros de un circo alemán y posteriormente puesto en cautiverio es algo apenas “normal” para los seres humanos, pues la naturaleza lo ha decretado de esta manera que los hombres, gracias al privilegio conferido por el uso de la razón, estén por encima de los animales en la escala de la evolución. Que éstos sean animales inferiores, pues no se les dio la capacidad de dominar el lenguaje (característica que hace que el hombre sea un ser superior respecto de los animales). Cosa “extraña” sería si se les informa a los humanos que aquel mono que ha perdido su libertad, intente, sino recuperarla, al menos encontrar una “salida” a su angustiante situación de animal encerrado y “se escurra entre los matorrales” del humano y logre, a fuerza de imitación, no sólo

dominar el lenguaje sino también tener la “apariencia” (que los hombres confunden con “esencia”) del hombre.

Pues bien, el cuento “Informe para una academia” (1917) del escritor checo Franz Kafka, aborda una serie de elementos que no sólo describen detalladamente y de una manera bastante dinámica las situaciones planteadas anteriormente sino que, además, da cuenta de cómo la producción literaria de este autor ha sido bastante influenciada por las ideas del pensador Friederich Nietzsche.

El texto que se presenta a continuación no pretende hacer un análisis exhaustivo de la obra literaria de de Franz Kafka, más bien lo que se propone aquí es, a través del cuento “Informe para una academia”, evidenciar cómo en este cuento se pone de manifiesto la percepción que Kafka tenía, influenciado un poco por las ideas de Nietzsche, de una época de agobiante atmósfera de decadencia en la que a él mismo le tocó vivir. Una época que ya había previsto Nietzsche y que también se manifestaría también en obras como *Genealogía de la moral*, *Aurora*, *Así habló Zaratustra*, *El crepúsculo de los ídolos*, *Más allá del bien y del mal*, entre otras.

En tanto que Nietzsche se convirtió para Kafka en uno de los referentes clave para pensar la condición del hombre moderno y a su vez reflejarse en él, se hace necesario en este trabajo, antes que nada, abordar el contexto histórico y el contexto biográfico de ambos autores, para luego darle paso al análisis del cuento, dónde podrá observarse cómo las teorías nietzscheanas, de una u otra forma, tuvieron eco en Kafka quien, en este texto, recrea la condición decadente del hombre moderno de una manera irónica.

Así las cosas, revisemos en primer lugar el contexto histórico:

De acuerdo con Kahler (1977: 328) a finales del siglo XIX Alemania se erige como una de las grandes potencias económicas al igual que Inglaterra. Como se sabe, una de las causas de la Primera Guerra Mundial fueron los roces y conflictos

ocasionados por el creciente nacionalismo y el sometimiento al que estaban expuestos los “pequeños” países (colonias en Asia y África, algunos estados de Europa) por parte de los “grandes” (Francia, Inglaterra, el Imperio Austrohúngaro, entre otros); ésta fue en parte una de las razones que propiciaron el surgimiento de Alemania como una potencia.

Para muchos, lo que estaba viviendo Europa en particular y el mundo en general revoluciones de independencia en América, revolución industrial, extensión de la democracia liberal, descubrimientos e inventos, mejora de la calidad de vida, entre otras cosas, era lo más esperanzador y liberador que le podía pasar al género humano. Sin embargo para otros tantos, entre ellos Nietzsche y posteriormente Kafka, la visión era bastante pesimista. Visión, como se afirmaba en líneas más arriba que se manifiesta en sus obras, y que además de acuerdo con Khaler (1977: 346-359) un pensador como Nietzsche, también en buena medida, denuncia en sus textos: la explosión demográfica, la modernización y maquinización de la agricultura, pero sobre todo el desarrollo industrial y comercial, el progreso revolucionario de los medios de comunicación -que se convertirían en los hoy alienantes *mass media*- , la prepotencia alimentada por la ideología alemana en su sentimiento de superioridad en la Primera y Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo ideológico y la política expansionista del Reich fueron factores decisivos para el futuro de las sociedades de la época.

Singularmente la industrialización alemana, dice Gauger (1999:18), afectó la vida, obra y sensibilidad de Kafka, pues ahora se trataba o de la positivización de la vida, su matematización y sistematización desmesuradas (que aparece tan frecuentemente como ironía crítica o denuncia en el autor) o la vida propiamente dicha, el ser humano y su entorno afectivo y sensitivo. “Todos aquellos objetos que rodeaban al hombre, que hacían su vida, dado su carácter personal, podían ser luego fabricados en serie por las máquinas y de esta manera perdían su carácter poético” (Kafka, 1997, 12).

Muy cerca de él se encontraba el pensamiento de Nietzsche. Según Kahler (1977: 349-350) el comienzo del nuevo siglo estuvo marcado por el sentimiento de muchos artistas, pensadores, escritores, compositores, de estar inmersos en la destrucción de los valores humanos imperantes hasta entonces. Nietzsche comprendía a su modo esta destrucción con una enorme interpretación de la decadencia. No en vano surgirían, luego, corrientes como el existencialismo, el decadentismo, el dadaísmo, el surrealismo, el cubismo que reflejarían modos de la ruptura de los valores tradicionales (como la banalidad del arte) y la entrada a una nueva época, la moderna. No muy lejos de esto se halla la obra de Kafka, quien tenía gran filiación por Dostoievski y Nietzsche. Para el caso, Joshep K., Gregorio Samsa, Georg Bendemann, Karl Rossman, y otros anónimos como el viajero y *el simio* simbolizan (aunque no sólo esto, sino también como una representación del hombre mismo) la decadencia de su mundo.

Así pues, para Nietzsche, el pensador de la *Voluntad de poder*, una *décadence* inexorable había gestado su capullo y ahora vendría a ofrecer su conquistador gusano. Como sugiere Untermeyer (1973: 7), este pensador con olfato de sabueso para rastrear el género humano, acusó explícitamente a un mundo derrumbado y plagado de viejos ídolos, y vislumbró como pensador póstumo un aniquilamiento futuro: este aniquilamiento, esta devastación es la que viven los personajes de Kafka, aquí interesa particularmente la que vive Pedro el Rojo, nombre dado al personaje principal de "Informe para una academia". Nietzsche reconoció que su mundo estaba en crisis, que el hombre de su época estaba en declive y supo que ese declive estaba por venir con peores consecuencias, las de la consumación que sin tapujos llegó a afirmar.

Ahora el contexto biográfico:

La sociología de la literatura desde la propuesta de Lukács (1966), plantea que ninguna obra puede separarse de su autor, pues ésta tiene que reflejar la realidad, entendiendo realidad como algo que, en la superficie, hace que nos familiaricemos a la vez con los problemas y estructuras de la época correspondiente; en otras palabras, el escritor tiene que estructurar dicha realidad literariamente, aunque en algunas ocasiones se requiera esta separación para los diferentes análisis. En el caso de los autores en cuestión, veremos que sus obras hunden sus raíces en sus propias vidas y su producción literaria son una muestra de ello.

Nos basta con acudir a la aguda y explosiva autobiografía de Nietzsche en su *Ecce homo* para conocer, de su propia pluma, las pretensiones del autor con sus obras, y cómo su trama vital la influenció. En el caso de Kafka, no nos es ajena su identificación con sus personajes, incluso en el clima de su familia. Obras como *Carta al padre*, *La condena*, *La metamorfosis*, entre otras, muestran el retrato de un Kafka atribulado por su propio mundo, generalmente el cotidiano.

“Kafka nace el 3 de julio de 1883 en el seno de una familia de doble procedencia. Su padre, Herman, de habla checa, era de procedencia humilde del sur de Bohemia. Su madre Julie Löwy en cambio, procedía de una familia acomodada y se relacionaba con hombres de negocios y letras” (Acosta, 1997:29) Kafka se identificaba más con su madre, pues ésta era sensible, introvertida y tímida, como él mismo. Afirma Gauger (1999:10) que su padre en cambio era hosco, autoritario e indiferente, lo cual se refleja en los reproches de *Carta al padre* de lo que Kafka se distingue y se queja, porque ese comportamiento no comprende su manera de ser. También se distinguió de su padre en su constitución: “éste era un hombre rudo y fuerte ante la debilidad de su hijo” (Gauger, 1999:10). Y como en la fisiología, lo mismo ocurría en la vida práctica: el hombre fuerte también lo fue en

los negocios mientras que Kafka fracasó en ellos por su inseguridad y soledad de escritor.

Según Acosta (1997: 30) desde pequeño Kafka era asocial y triste. Su niñez fue aburrida y solitaria pues no compartía mucho con sus hermanas, que no mucho después morirían, ni con otros niños de su edad. Otro tanto aportó su paso por la escuela, un verdadero cuartel en que se obligaba a memorizar lecciones enteras, maestros cual fieles retratos del imperio, empeñados en formar a sus estudiantes en pro de la monarquía. Así se iba perfilando su detallada mirada de esos micropoderes que luego tanto criticaría: familia y escuela o, posteriormente, familia y sociedad, en resumen, instituciones de avasallamiento.

Su vida adulta no fue muy distinta. Dice Acosta (1997:32) que sobresale el vaivén de su vida laboral, su pobreza, la molesta relación con su familia, sus truncadas relaciones amorosas y la enfermedad. Vivir en el seno de su familia tuvo una gran influencia negativa en su vida y muy prolífica en su obra. Al vivir durante 33 años con sus padres, malograría mucho de su libertad natural; terminaría afirmando que era “dañino vivir con los padres”. Y no sólo su vida familiar resultaría afectada sino también su vida amorosa, “fue un asunto doloroso para el escritor y así lo hizo ver en muchos cuentos cortos en los que se declara físicamente y mentalmente imposibilitado para vivir con otra persona. Temía que la vida en pareja le robara el poco tiempo que le dejaba la oficina para escribir” (Acosta,1997:34). Desde 1917 le diagnostican tuberculosis. Un año más tarde pasaría una temporada de reposo y recuperación en Merano, pequeño pueblo italiano. En 1923 cae, por la inflación europea como consecuencia de la gran guerra, en una pobreza extrema. Según Acosta (1997:27), en 1924 es internado en el sanatorio de Kierling. Le diagnostican tuberculosis severa en la laringe, pronto pierde el habla y la capacidad para comer, sólo puede dibujar y corregir sus obras. Muere el 3 de junio de la misma enfermedad, incurable en la época, y es enterrado en el cementerio Judío de Praga, en una tumba junto a su familia”.

Por su parte afirma Untermeyer (1973:5) Nietzsche nace el primero de octubre de 1844, veintinueve años antes que Kafka. Su familia es también avasallante y disímil. Su padre, Karl Ludwig, es un pastor protestante de débil constitución que muere en 1849, Friedrich era apenas un niño. Su madre, Franziska Oehler, casi una mujer anónima pero a quien Nietzsche amará extrañamente. Junto a ella está su hermana, Elisabeth, que será más conocida por el mal manejo de los escritos de su hermano.

La niñez de Nietzsche es también solitaria y extraña. De acuerdo con Untermeyer (1973:5), era un niño serio, poco sonriente. Con tan sólo siete años compone sus primeros poemas, y en sus clases de música, sus primeras piezas musicales, arte que marcará definitivamente su vida. De adolescente comienzan a destellar los brillos de su genio. Cuando cuenta con veinte años estudia Teología y Filología clásica, abandonando rápidamente la primera para dedicarse de lleno a la segunda. En adelante su vida estará unida al pensamiento de la cultura clásica griega con sus múltiples trabajos que lo catapultarán, con apenas veinticuatro años, directamente como catedrático de Basilea. Sobrevendrá la racha de su genio evidenciada en sus publicaciones cada vez más vehementes. Sin embargo tiene que interrumpir su cátedra en 1879, por sus problemas de salud. Su éxito como pensador será indudable en un crescendo alucinante, que sólo se verá truncado el 3 de enero de 1889 cuando sufre un colapso en la plaza de Turín donde se pone de manifiesto su desequilibrio mental. Poco después es internado, pasará por dos clínicas donde seguirá escribiendo, para finalmente retornar a casa. Once años de locura lo llevarán al deceso el 25 de agosto de 1900, tres años después de la muerte de su madre.

Pues bien, Kafka además de darwinista, será acérrimo lector de Nietzsche, al punto de que se interesará profundamente por su vida. En efecto, será este interés, la historia de su propia vida y la coincidencia de estas dos vidas en el hastío que les genera el mundo moderno, lo que se revelará en su producción literaria.

“Informe para una academia”

En el cuento “Informe para una academia” están estampadas la mayoría de ideas, planteadas atrás, respecto de la obra de Kafka. Aquí encontramos recreado uno de los principales rasgos de la modernidad, pues hay un animal indefenso expuesto a un poder que se comporta de manera despótica e irracional; dicho de otro modo, el accionar en extremo indiferente y severo del poder es presentado aquí como una intervención despiadada que oprime al hombre moderno, para el caso un simio.

Pedro el Rojo, un simio capturado aparentemente en una costa africana, es un animal que ha conseguido evolucionar³ hasta desarrollar las facetas que hacen al hombre lo que es, es decir, su comportamiento y su “cultura”. Aquí la transformación del simio retrata la situación existencial del sujeto moderno. No parece, a primera vista, una visión muy optimista del ser humano, pues no es una evolución natural, es forzada, es una evolución que surge a partir de la necesidad y que transita por tres estados: el primero corresponde a su origen como animal, luego una especie de pseudo-humano (observa pero no piensa) y finalmente el de hombre (observa y razona). A este simio, años después cuando ha logrado dominar el lenguaje, un grupo de académicos de las ciencias le piden que elabore un informe relatando su anterior vida simiesca y él, a través de éste, justifica su condición actual de hombre relatando los hechos ocurridos casi cinco años atrás, que lo han llevado a su humanización, es decir, a la incorporación a la vida de los hombres. Desde aquí el animal metamorfoseado puede hablar de sus experiencias animal y humana, consiguiendo una perspectiva completa; esta especie de desdoblamiento no puede interpretarse como una pérdida de realidad, sino que, más bien se hace en beneficio del aumento de información sobre el ser humano.

³ Este concepto aparece aquí de forma irónica en cuanto que Kafka, contrario a la ciencia, lo que enuncia es una especie de “involución”, el simio desciende hasta convertirse en hombre.

Ahora bien, Pedro el Rojo, como lo enunciaba más arriba, requiere sólo de cinco años para su evolución a humano. Por un lado, esa cifra ridícula evidencia que no existe tal evolución porque su fisionomía sigue siendo la de un mono. Para decirlo de otro modo, es una evolución anímica o psicológica. Y en efecto, Pedro deviene hombre en su comportamiento e intelecto, con un proceso relativamente corto en el tiempo, que le permite estar más cerca de los humanos que de su animalidad: “mi pasado simiesco [...] no puede estar más alejado de ustedes que de mí” (Kafka, 1988, 379). Dicha evolución parece ser más bien una involución porque pasa de un estado ideal pleno, su estado de naturaleza simiesca, a uno civilizado, de carácter adverso. Y aquí mismo se abre una paradoja temporal: aunque su evolución se da en un tiempo muy corto, a Pedro el simio le parece una eternidad por razón de su sufrimiento y de su vértigo. Sin embargo, esta paradoja revela el fondo siniestro de la condición humana, que es una clara y vehemente crítica del autor a su época: el animal civilizado deviene animal solitario. Este simio, habiéndose adaptado a un mundo “culturizado”, particularmente a un mundo “civilizado” moderno, tiene que padecer los estigmas existenciales de esta época, como son la soledad de un mundo en crisis, la pérdida de individualidad.

Pedro, habiendo sido arrancado del flujo armónico de la naturaleza, ahora se adapta a un mundo artificial e insatisfactorio. No sólo se trata de que, en su condición de mono no pueda relacionarse con otros hombres de manera grata, sino que, como espejo de la realidad, el mono representa la condición miserable del hombre del siglo XX sometido a un mundo asfixiante. Pedro es un ser solitario en medio de una multitud. Esa soledad no es la de “el eremita”⁴, es una crisis.

Dicha crisis es una suerte de nostalgia. Ésta es tocada indirectamente por el narrador que, como lo mencionaba anteriormente, es la voz del personaje. En las palabras del narrador se supone un pasado perdido “yo no podría hacer lo que hice si me hubiera aferrado obstinadamente a mi pasado” (Kafka, 1988, 378).

⁴ En *Así habló Zaratustra*, Nietzsche define el eremita como el ser solitario que habita en los desiertos, quien lleva a cabo un proceso de purificación y renacimiento, que necesita estar solo para poder pensar.

Seguramente su pasado, sombra de un mundo pletórico y tranquilo, verdaderamente libre, no le dejaría sobrevivir. Pero Pedro es práctico, “renuncia a toda obstinación de este tipo” (Kafka, 1988, 378). Esto lo convierte en un mono adaptado, ironía de la evolución por el tratamiento de esa adaptación. Sabemos que Darwin propuso en 1859 la *Selección natural* y la *adaptación* de las especies vivas como modos de supervivencia de las especies, en particular, de las más fuertes y exitosas.

Pero la adaptación de Pedro es singularmente negativa: aunque le permite sobrevivir no genera un acomodo feliz a su mundo. El “sentirse cómodo” es un sentimiento claramente nocivo pues, naturalmente, él no puede estar “cómodo” en un mundo pernicioso, es más bien el *sometimiento* dañino a las reglas sociales e institucionales, en lo cual aflora la vida real de Kafka y su problema con la norma y las leyes, aun siendo abogado, o mejor, que el ser abogado le facilitó observar. Este hombre sometido, es el hombre *décadent*, aquel que ha perdido completamente la voluntad por alienación de su medio. Aquel que ya no dice sí porque han elegido por él lo que es “bueno” o “malo” (Nietzsche, 2001), aquel que no afirma su propia existencia porque, “desvegetado”, ya no tiene valores (Nietzsche, 2005). Pedro es un simio subyugado porque no tiene más opción. Es la triste condición del hombre de la época sometido a un tejido social absurdo sin posibilidad de salida. Un ejemplo de esto es el personaje principal de *El proceso*, Joseph K quien es incapaz de escapar literal o simbólicamente de “la sala de interrogatorios”, de “las oficinas”, en suma, de todos los aparatos ensamblados por el consorcio social excesivamente administrado para evitar que el individuo se sustraiga. Lo mismo ocurre *En la colonia penitenciaria*, donde “el aparato” está perfecta y perversamente dispuesto para que el condenado de ninguna manera escape. Es la metáfora del hombre sometido y condenado indefectiblemente. Pedro no puede escapar al monstruo de la sociedad humana porque fue cazado y extraído forzosamente con el poder de las armas. Ahora bien, ese sometimiento lo es por fuerza de tiempo. En la obra de Kafka las cárceles abundan y el tiempo es

decisivo: el encierro prolongado amaina, domeña el vigor de los sometidos acabando con toda esperanza en ellos “acabé por sentirme cómodo y mejor en el mundo humano” (Kafka, 1988, 378).

Miremos ahora la procedencia del mono y su tránsito. Se trata de un ciudadano que no tiene pasado. Su procedencia anónima desmantela la pérdida de la autenticidad de los individuos. “De mi captura, no sé mucho” (Kafka, 1988, 379). Para la maquinaria social, todos son lo mismo en el pasado o en el futuro. Por ejemplo en el microcuento *Pasillo angosto*, el hombre que encuentra el personaje no va “a ninguna parte”, ha perdido su destino. Del mismo modo en *Ante la ley* el campesino se queda esperando su destino. Una vez nacido ya es víctima de la dominación del yugo social. Un personaje de *Excursión por la montaña* se llama “Nadie”. Al personaje de *Un matorral espinoso* le es “imposible” salir de un matorral, por la paradoja de la ley, pues no hay “autorización del señor director del parque” para darle salida (Kafka, 2010, 34). Y el “Señor” de *La partida va a ninguna parte*, sólo “lejos-de-aquí”. El mono, a diferencia de los anteriores, no tiene pasado, lo cual lo convierte en un ser tan anónimo como los demás. Borrar la procedencia es borrar parte de su “humanidad” que naturalmente pregunta por ella. Y para colmo, lo único que recuerda después es haber despertado en una jaula (deplorable condición) En un autor como Kafka, tratándose de un cuento tardío suyo (1917) y en un autor para quien la ironía es constante y una manera de aliviar la vida, no es extraño que ésta sea otra de sus finas burlas.

A continuación su nombre: Pedro el Rojo “*Rotpeter*”. ¿Será casual que justamente un mono apele al color Rojo? Lo que hace rojo al Rojo humanizado siendo aún un mono se muestra justo en el estigma de su constitución: una cicatriz. Esta fina sátira, como muchas de Kafka, refiere la condición lastimera de la constitución humana. Nietzsche afirmaba que las leyes y las normas se inscriben en el cuerpo, aquí el cuerpo del simio aparece en un sentido foucaultiano, como lugar donde se produce la marca:

El cuerpo —y todo lo que se relaciona con el cuerpo, la alimentación, el clima, el sol— es el lugar de la *Herkunft*: sobre el cuerpo, se encuentra el estigma de los sucesos pasados, de él nacen los deseos, desfallecimientos y los errores; en él se entrelazan y de pronto se expresan, pero también en él se desatan, entran en lucha, se borran unos a otros y continúan su inagotable conflicto. El cuerpo: superficie de inscripción de los sucesos (mientras que el lenguaje los marca y las ideas los disuelven), lugar de disociación del Yo (al cual intenta prestar la quimera de una unidad substancial), volumen en perpetuo derrumbamiento. La genealogía, como el análisis de la procedencia, se encuentra por tanto en la articulación del cuerpo y de la historia. Debe mostrar al cuerpo impregnado de historia, y a la historia como destructor del cuerpo (Foucault, 1979, 104).

Y ese nombre es estrafalario, como inventado por un mono, lo cual refuerza la ironía. E inmediatamente se adiciona otro elemento de su constitución: es rengo. El disparo en la cadera lo dejó así cinco años atrás. El cuadro está completo, simios “civilizados” claudicando en un mundo despótico. ¿Es esto el ideal del hombre libre que sugiere el Capitalismo, su mundo mejor? ¿Se ha progresado?

La descripción de este mundo se hace más clara aún con el manejo del espacio y el tiempo, pues estos elementos marcan la situación existencial del individuo moderno, su soledad, el sentimiento de vacío, su incomunicabilidad, la incertidumbre; es entonces cuando aparece el concepto generalizado en la obra de Kafka y es que todo es cárcel. “¿Hacia dónde imaginar la huida si la celda lo es todo?” (Pessoa, 2005, 56). En Kafka la cárcel está abierta, pero los seres humanos siguen siendo “presos en libertad”. La jaula, donde en principio está encerrado el simio, es la representación del pequeño lugar que ocupa el hombre en el universo. Selnich Vivas en la traducción que hace de *Microcuentos y dibujos* de Franz Kafka habla de un dibujar la escritura en este autor y es preciso un dibujo contenido en este texto (1917) llamado “Casi entre rejas” el que permite, en este punto, ilustrar un poco lo dicho anteriormente. Veamos:



***Casi entre rejas*. 1911. Tinta sobre papel. En: Microcuentos y dibujos. Franz Kafka. 1917.**

En este dibujo se advierten ecos de varios de sus relatos, nada más claro que la relación de este dibujo con “Informe para una academia”:

“No era una jaula con rejas a los cuatro costados, eran más bien tres rejas clavadas a un cajón. El cuarto lado formaba, pues, parte del cajón mismo. El lugar era demasiado bajo para estar de pie en él y demasiado estrecho para estar sentado (Kafka, 1988, 381).

Además una clara representación de ese nuevo mundo moderno donde el individuo queda recluido en un espacio “propio”, personal en el que intenta moverse y desde donde ve a los demás hacer lo mismo.

También puede verse una relación con *En el cuadrado*:

Encerrado en el cuadrado de una cerca de madera, cuya área no medía más de un paso a lo largo y otro a lo ancho, me desperté. Hay cercas semejantes en que las ovejas son encorraladas en la noche, pero no son tan estrechas. Un rayo de sol caía directamente sobre mí; para resguardar la cabeza la presionaba contra el pecho y así me acucillaba con la espalda encorvada (Kafka: 2010, 17).

¿Habrà una semejanza mayor a la condición de Pedro cuando despierta en su “jaula”? Y la siguiente cita de *Con una cárcel*, parece describir exactamente el dibujo:

Con una cárcel se hubiera conformado. Terminar como prisionero sería la meta para una vida. Pero era apenas una jaula. Indiferente, autoritario, como en casa el griterío del mundo que entraba y salía a través de la jaula, así el prisionero estaba libre, podía participar en todo, nada de afuera se le escapaba, incluso hubiera podido abandonar la jaula, pues sus varillas estaban separadas unas de otras por varios metros; ni una vez estuvo preso (Kafka: 2010, 18).

Por otro lado, respecto de ese mundo moderno que “encierra” y oprime al individuo, Michael Foucault (1981,59) afirma que las sociedades disciplinarias surgen en los siglos XVIII y XIX y alcanzan su apogeo a principios del siglo XX. Al hablar de estas sociedades, se refiere a lo que Gilles Deleuze enuncia como “centros de encierro”: “El individuo pasa sucesivamente de un círculo cerrado a otro, cada uno con sus leyes: primero la familia, después la escuela (ya no estás en tu casa), después el cuartel (ya no estás en la escuela), a continuación la fábrica, cada cierto tiempo el hospital y a veces la cárcel, el centro de encierro por excelencia” (Deleuze, 1999, 277). Concentrar, repartir, ordenar el tiempo, producir son fenómenos perversos vestidos de la apariencia del progreso que la nueva administración política trae para el renaciente siglo, mientras subrepticamente se controla (se esclaviza) de forma maliciosa al ser humano.

Kafka tuvo que vivir dolorosamente semejante montaje de alienación en ciernes y lo denuncia en sus dos formas siniestras: “la absolución aparente” de los individuos, en que se crea la apariencia de libertad, y “el aplazamiento ilimitado” en que nunca se sale de las tenazas de la ley. En ello aflora patente el absurdo. Así, títeres anónimos ante el Estado, o bien individuos esculpidos a imagen y semejanza de la sociedad, entes productores, o bien ya no como individuos si no como parte de la masa de un mundo con excesiva mano de obra que simultáneamente lucha por destacarse y vivir. Nuevamente, como en el Medioevo, las ovejas de un pastor: el Poder. Así, títeres anónimos ante el Estado, o bien individuos esculpidos a imagen y semejanza de la sociedad, entes productores, o bien individuos que devienen en seres sin identidad, parte de la masa de un

mundo con excesiva mano de obra que simultáneamente lucha por destacarse y vivir.

Y el Capitalismo avanza en su marcha y sigue mutando, camaleónico, para continuar imperando sobre la miseria de las tres cuartas partes de la humanidad. Hunde sus tentáculos venenosos en todos los microfascismos creados para controlar. Hace penetrar las empresas en todo, desde los primeros pasos escolares hasta el desarrollo mental, desde la enfermedad hasta la muerte; todo deviene régimen carcelario. La sociedad corrupta, decadente, denunciada tan duramente por Nietzsche en *Ecce homo* vaticinaba un monstruo que aún no era muy claro, pero cuyo peso ya se intuía.

El ser humano vive asfixiado en un mundo gris con seres disociados y otros aparentemente bien estructurados, asistiendo a un proceso en el cual la identidad es un simple constructo, dicho de otro modo, vive en un ambiente que es como estas cárceles y en ella, o en la jaula del mono Pedro, se cometen toda suerte de excesos inhumanos. La “libertad humana” es una ofensa. La familia, la escuela, el hospital, la sociedad son todas instituciones carcelarias. Las cárceles no son únicamente las de la penitenciaría; la cárcel es el mundo. Kafka en *La cuarta pared* lo describe así:

No era una celda, pues le hacía falta la cuarta pared. La idea de que esta cuarta pared estuviera asimismo en pie o pudiera ser levantada era horrorosa, pues luego al medir el espacio, un metro de fondo y apenas un poco más de alto que yo, me hallé parado dentro de un sarcófago de piedra (Kafka, 2010, 21).

Pedro yace en una jaula con barrotes por tres lados. Peor aún, se le hunden en la carne los barrotes de la jaula al estar encerrado y su incómoda posición es inhumana (recordemos que Pedro representa al hombre). Su silencio en la jaula, producto de su vil aprisionamiento, es tomado como signo de “supervivencia”. Sobreviven los animales mansos, el rebaño silencioso, la masa no rebelde. Pero viene la gran certeza:

Hasta entonces había tenido tantas salidas, y ahora no me quedaba ninguna. Estaba atrapado. Si me hubieran clavado, no hubiera disminuido por ello mi libertad de acción. ¿Por qué? Aunque te rasques hasta la sangre el pellejo entre los dedos de los pies, no encontrarás explicación. Aunque te aprietes el lomo contra los barrotes de la jaula hasta casi partirse en dos, no conseguirás explicártelo. No tenía salida, pero tenía que conseguir una: sin ella no podía vivir. Siempre contra esa pared hubiera reventado indefectiblemente (Kafka, 1988, 381).

No hay salida, ni la habrá. En ese mundo, en el cual nació Pedro el Rojo, sin querer, no hay salida. Réprobo de nacimiento rezagó en su abarrotada existencia. Y la confusión crece porque no hay “explicación” (Kafka, 1988, 381). La libertad, que no es la misma que proclaman los seres humanos, que para el mono es la “salida” es un elemento clave del cuento. Su directa y explícita contraposición a “libertad” muestra que ésta es una ilusión. “Los hombres se engañan fácilmente con eso de la libertad. El sentimiento de la libertad es uno de los más sublimes y puede producir un engaño estúpido” (Kafka, 1988, 382). Pedro en su búsqueda de una salida de “libertad” pierde su identidad y se convierte en un individuo de figura triste, irrisoria y perpleja. Hay allí una abominación absoluta del ser humano, aquel menos que animal, menor incluso que el híbrido de planta y fantasma: el último hombre. Dice Nietzsche (1883) El último hombre es lo contrario del superhombre y del hombre clásico, porque ni afirma la existencia a partir de su propia creación y dotación de sentido, ni la afirma a partir de su padecimiento, irguiéndose de él; es aquel que se conforma con lo superficial.

Nótese pues la crítica, por un lado, a las falsas ideas libertarias (por ejemplo las de las revoluciones sociales) y el agudo análisis del autor de la condición humana: sólo resta, como a Pedro, una salida, y es lo que se debe acoger. Una salida del sistema, no su superación, acto imposible e ideal. Pedro es, pues, sensato, y lo es porque conoce la verdadera libertad. La animalidad se burla de la humanidad en la voz de Pedro. La verdadera libertad está en la naturaleza, que se ha echado a perder, la desnaturalización ya no permite esa libertad. Y el intento de salida del

mono es desesperado, “cualquier salida aunque no fuera más que un engaño” (Kafka, 1988, 382).

Pedro sólo encuentra la salida tras estar sereno. De la misma manera el hombre superior que proclama Nietzsche tiene que estar sereno ante su pensamiento abismal, el del Eterno retorno, para poder decir sí a la vida viendo la tormenta propia, desde la altura, como si fuese un pequeño remolino a lo lejos. Pedro debe sosegar para no caer en el pozo de la angustia ¿Qué más podría hacer ante la imposibilidad de la salida? No tratar de fugarse, acto inútil. No tratar de romper la “ley”, por arbitraria que sea. Pedro entiende que hay que buscar la salida con inteligencia. Todo intento heroico y desbocado acaba en fracaso, así lo entiende Kafka. Se debe buscar la salida, observando y pensando. Tal vez imitar a un ser humano y aparentar ser ciudadano, seguir el juego del Estado aún soportando tareas molestas, como aprender a tomar algún tipo de licor o fumar, que es lo que aprende Pedro. Seguir el juego del Estado, vistiendo sus uniformes y ejerciendo hipócritamente sus empleos. “Desfallecer” en el intento, soportar sus desagradados, pero eso “hace parte de su destino” (Kafka, 1988, 385). Ante un Poder incapacitador no se debe luchar de frente, lo más “inteligente” es, y así lo demuestra Pedro el rojo, hacer insurgencia pasiva, velada, lentamente progresiva. Soportar la época de los últimos hombres en la sombra silenciosa, siguiendo el flujo de su corriente y no vadeándolo, porque habrá de arrastrarlo.

¿Cuál es el fin? Ser artista. Ser artista es ser auténtico, ser artista de sí mismo logrando evadir con astucia la represión. Pedro toma la botella de licor, la vacía de un sorbo y, como un artista, conquista al público. Aprende su lenguaje, habla como ellos, que es lo que quieren, dice “hola” en vez de gemir aparatosamente para que lo dejen salir; habla para seducir a quien tiene el poder haciéndole creer que es de su especie, o que sigue siendo su oveja servil. Pedro aquí es muy claro: “No deseaba imitar a los hombres; los imitaba en busca de una salida” (Kafka, 1988, 386). A Kafka no le interesa imitar a los grandes idealistas de la humanidad, desea escapar de las fauces de la bestia. Y esto no se logra por la vía del ideal

volátil e ingenuo, sino con la realidad de la astucia camuflada. Entonces, en un mundo sin salida, se abre una luz de esperanza. El hombre sí ha encontrado su redención.

El mono artero trabajó por el bastión del *music-hall*, es él el que le provee de seguridad. No en vano un centro artístico se muestra como la “salida” que sabe más a salvación. Tiene entonces las dos opciones: que lo traten como a un animal más en el zoológico humano, o escapar siendo artista. La inteligencia se potencia en los actos desesperados es por eso que en adelante, hacerse simpático a la gente, ponerse del lado del enemigo y de los aliados del enemigo hace que la estrategia del animal (el simio) sea una maniobra auténticamente guerrera.

Aquí Pedro el Rojo, es la personificación del hombre rodeado de un clima oscuro, ignominioso, falta del oxígeno de la libertad, su pecado es la conciencia. No en vano Pessoa considera que la conciencia es un modo de la decadencia: “porque la inconsciencia es el fundamento de la vida” (Pessoa, 2005, 15). En la lucidez de la conciencia de Kafka, de su mundo deplorable e infecto, se revela la estética del enclaustramiento: así como el destino tortuoso y prolongado del último hombre es el fin, el destino de los personajes de Kafka es la errancia en laberintos absurdos sin salida ni fin. Es la muerte por atascamiento, por incapacidad de salir de las garras del poder, esto es, de la dominación de la especie como ocurre con Pedro. Y, ¿comprende el “último hombre”⁵ lo que se le dice? No. Y sería mejor no comprenderlo para evitar la conciencia del absurdo.

Y viene la pregunta entonces ¿Qué es más lastimero: el hombre consciente, “liberto absurdo”, o el hombre inconsciente, animal preso? El primero lo simboliza Kafka, lo representa Pedro el simio, el segundo el hombre común. Ambos,

⁵ Para Nietzsche, el último hombre es el más despreciable; a diferencia de su superhombre, es un sujeto incapaz de generar su propio sistema de valores, que convierte en bueno, todo aquello que procede de su auténtica voluntad de poder; estos últimos hombres, pequeños, demasiado pequeños, en su debilidad, se someten a la esclavitud, resignados e inmersos en el más alienado conformismo, sin rebelarse contra los valores que se les imponen. La filosofía del último hombre es el nihilismo.

ensartados en las redes de lo externo: la supervivencia en la vida práctica en un mundo civilizado, es decir, en un mundo administrado, controlado, homogenizado, masificado, panoptizado, empresarializado. “El último hombre” sólo ve, cree y parpadea; Pedro no tiene otra opción más que la de perder su animalidad (en ese momento identidad) para poder salvarse. La libertad frente a la salida obliga a asumir que el transcurso de la vida, por cierto leve, puede resultar doloroso y condenatorio, pues no lleva a otra cosa que a la soledad. Pedro ha perdido su identidad en dicho proceso, pues a un sujeto como él ya no es posible ubicársele porque no es posible identificársele como simio, pero tampoco como hombre.

¿Qué queda por hacer? Según Nietzsche atravesar la devastación y erguirse en el superhombre⁶. Según Kafka ironizar. El hombre que se ubica como espectador de la vida puede reírse de las tragedias de la vida, tragicomedia de la existencia, comicidad trágica de sí. Así pues, Kafka, como Nietzsche “se reía, pero en serio, es decir, trágicamente” (Kafka, 1997, 64). Esto es lo que hace el cuento que nos ocupa, ironía crítica. Dice Pedro el rojo: “En resumidas cuentas, he logrado lo que quería. No se diga que no ha valido la pena. Por lo demás, no quiero ser juzgado por los hombres” (Kafka, 1988, 382).

El simio, Pedro el Rojo, denuncia a través de su informe el sentimiento de desubicación que estaba teniendo el hombre moderno. Él, como un sujeto ya disociado, habla y comunica la visión de mundo, con una perspectiva bastante amplia, por la que había penetrado abriéndose paso por la pequeña brecha que encontró. Pedro representa a un individuo en el panorama del siglo XX con una identidad rota, transformada y deshumanizada; un sujeto de la modernidad que siente que su existencia está sin fundamentar, convirtiéndolo en un ejemplo de los procesos de gestación de ésta. Así pues, el simio con pleno dominio del lenguaje

⁶ Nietzsche plantea y desarrolla este concepto en *Así habló Zaratustra* y viene a sustituir al concepto de hombre terrestre universal que había sido expuesto en 1881. En esta época de pleno optimismo él estaba convencido de que el nuevo hombre, el hombre terrestre, él mismo, sería capaz de liberarse de todos los yugos, en especial del pesimismo preconizado por Schopenhauer, y lanzarse a la afirmación de la vida dispuesto a vivir el *annullus aeternitatis* (eterno retorno).

habla a su público, los excelentísimos señores académicos como quien diera un informe completo de lo que la sociedad ha hecho con el hombre. Al respecto Michel Foucault dice que:

Su objetivo no es mostrar que el pasado está todavía ahí bien vivo en el presente, animándolo aún en secreto después de haber impuesto en todas las etapas del recorrido una forma dibujada desde el comienzo. Nada que se asemeje a la evolución de una especie, al destino de un pueblo. Seguir la filial compleja de la procedencia, es al contrario mantener lo que pasó en la dispersión que le es propia: es percibir los accidentes, las desviaciones ínfimas —o al contrario los retornos completos—, los errores, los fallos de apreciación, los malos cálculos que han producido aquello que existe y es válido para nosotros; es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino la exterioridad del accidente. (Foucault, 1979, 13)

En efecto, *“Informe para una academia”*, se convierte en un instrumento que permite captar complejos aspectos de la existencia y expresarlos. Pues Kafka encarnó un momento histórico y una cultura, fue la conciencia de un contexto, su obra es la manifestación de un sentimiento de angustia y atascamiento, productos de la pre y pos guerra, de la oquedad de la muerte de lo divino, la muerte de Dios (cuya resonancia será más clara en Nietzsche), de la inutilidad del alma humana ante un Capitalismo abrasivo y de la pérdida de la individualidad en un mundo totalitario, burocratizado, un mundo moderno. Atormentado y extraño, como la búsqueda de la espiritualidad de su siglo, Kafka vivió, con hipersensibilidad, el desmoronamiento de un mundo, la aniquilación paulatina del mismo y, como constante retratista, el artista revela la faz demacrada, la realidad chocante y sin tapujos en una obra que se balancea entre la ironía, el desespero y la angustia, una suerte de gama gris de tribulaciones modernas.

BIBLIOGRAFÍA

DELEUZE, Gilles. *“Post-Scriptum: Sobre las sociedades de control”*. En: *Conversaciones*. Trad. José Luis Pardo. Pre-Textos, 1999, pp. 277-290.

DELEUZE, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*. Anagrama, Barcelona, 1971. 275 p.

DELEUZE, Gilles. *Nietzsche*. Editorial Arena libros. Madrid, España. 2000, pp. 9-22.

FERRATER, Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. RBA. Barcelona. 2010.

FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad* (Clase del 17 de marzo de 1976). F.C.E (Fondo de Cultura Económica). México. 2001, pp. 217-237.

FOUCAULT, Michel. *Microfísica del poder*. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Segunda edición. Madrid. 1979.

KAFKA, Franz. *La metamorfosis, La condena, En la colonia penitenciaria*. Traducción de Marta Kovacsics Mészáros. Bogotá: Panamericana, 1997.

KAFKA, Franz. *América. Relatos breves*. Prólogo de Jorge Luis Borges. Barcelona: Orbis, 1988.

KAFKA, Franz. *Microcuentos y dibujos*. Selección, traducción y prólogo de Selnich Vivas Hurtado. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia, 2010.

KAFKA, Franz. *El proceso*. Trad. de Andre Pagni. Buenos Aires: Goncourt, 1978, 232 p.

KAFKA, Franz. *Carta al padre*. Tercera edición. Trad. de D. J. Vogelmann. (*La nave de los locos*, 2). México: Premia, 1978, 88 p.

KAFKA, Franz. *Carta al padre y otros escritos*. Introducción, traducción y notas de Carmen Gauger. Alianza editorial. 1999.

KAFKA, Franz. *El castillo*. Traducción de Luis Acosta. Edición Cátedra. 1998. 458.p.

KAHLER, Erich. *Los alemanes*. F.C.E (Fondo de Cultura Económica). México. 1977.

LUKÁCS, Georg, *Sociología de la literatura*, Madrid, Península, 1966.

MOREY, Miguel., *Friedrich Nietzsche, una biografía*, Madrid, Círculo de Lectores, 1994.

NIETZSCHE, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

NIETZSCHE, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra: (un libro para todos y para nadie)*. Quinta edición. Editorial Bedout, 1973, 310 p.

NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce Homo*. Introducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

NIETZSCHE, Friedrich. *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Biblioteca Nietzsche. Editorial Alianza. 1973.

NIETZSCHE, Friedrich *Genealogía de la moral*. Introducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2001.

NIETZSCHE, Friedrich. *Humano, demasiado humano*. Editores Mexicanos Unidos 5a. edición, febrero de 1986.

PESSOA, Fernando. *Libro del desasosiego*. Madrid: Editorial Acantilado, 2005.

SALAS GUERRA, María Cecilia. *La escritura del desasosiego: una poética del pensar en Fernando Pessoa*. Editorial Universidad de Antioquia. 2009. 229p.

SALAS GUERRA, María Cecilia. *El desasosiego de Fernando Pessoa, o la experiencia poética del límite*. Universidad Eafit. Revista **Co-herencia** No. 1 Vol. 1 Julio - diciembre 2004. pp. 52-69.

SÁNCHEZ MECA, Diego. *En torno al superhombre: Nietzsche y la crítica de la modernidad*. Barcelona: Anthropos, 1989.

VALERA, José Luis. *Franz Kafka, o la agonía del hombre y del artista en nuestra civilización*. En: Forjadores del Mundo Moderno, número 3. Planeta Colombiana Editorial, S.A. Bogotá. 1987.